

25º aniversario de la muerte por hambre de diez presos norirlandeses

# LONG KESH

Memoria de una lucha que conmocionó al mundo

Texto: *AINARA LERTXUNDI* • Fotografías: *CONNY BEYREUTHER*

Celda del hospital de Long Kesh  
donde murió Bobby Sands tras los  
66 días de huelga de hambre.

Prisión de Long Kesh. Inmediaciones de Belfast. Madrugada del 5 de mayo de 1981. El preso del IRA Bobby Sands muere tras 66 días en huelga de hambre para que sea reconocido el estatus político de los prisioneros republicanos norirlandeses. Es el primero de otros nueve huelguistas que se inmolan en la misma lucha. Veinticinco años después, ZAZPIKA ha viajado a Irlanda del Norte para recordar unos acontecimientos que conmocionaron al mundo.



Vista desde una de las torres de vigilancia de la prisión de Long Kesh sobre el área de los

Bloques H. La cárcel se cerró en 2000 y ahora sólo está abierta para visitas de interés histórico. Abajo, los diez huelguistas muertos en 1981.

**A** un cuarto de hora en coche de Belfast se encuentra la cárcel de Long Kesh, «un auténtico campo de concentración», «un centro de tortura». Así la definen los presos republicanos que durante años estuvieron encerrados en sus famosos Bloques H. La prisión fue abierta en 1971 y cerrada en 2000 como parte del proceso de paz en Irlanda del Norte.

Sean Osbourne la conoce bien. Allí estuvo desde 1977 a 1983. En esos seis años fue testigo y partícipe de la "protesta de la manta" y de la huelga de higiene. Y vio morir a diez compañeros en la huelga de hambre de 1981. Mientras conduce camino a Long Kesh, adelanta ya que «aunque han pasado muchos años, no es fácil hablar de los Bloques H». Tan pronto como ingresó en prisión,

se negó a vestir el uniforme «criminal» que el Gobierno británico le quería imponer. A partir de ese momento, y durante los años siguientes, tres mantas fueron su única vestimenta. «Una la poníamos en el suelo para andar sobre ella y tener un poco de calor en los pies. Si ahora, en abril, hace frío dentro de la cárcel, imagínate en pleno invierno», comenta a ZAZPIKA.

Falta poco para llegar, pero el último tramo transcurre por una zona unionista. «No te puedes sentir seguro aquí. Los ataques a nuestros familiares cuando iban a visitarnos eran frecuentes en esta zona», recuerda. Y a las puertas de la cárcel, le aguarda otro crudo reencuentro con el pasado. Uno de los encargados de abrir y cerrar la verja a las personas que hoy día se acercan a Long Kesh es un funcionario de prisiones, amargamente

recordado por los ex-presos republicanos. Sean Osbourne confiesa que aún tiene pesadillas con él y las palizas que les propinaba a los presos republicanos. «Tiene más años de cárcel que el preso más veterano. Lleva aquí desde la década de los 70», explica. Las miradas se cruzan y se quedan fijas. Ambos se recuerdan perfectamente. Después, a la salida de la visita, Osbourne dice que ha disfrutado de la espera. «He bajado las ventanillas del coche y he subido a tope el volumen del CD. Son canciones revolucionarias y él odia este tipo de canciones», explica con una sonrisa.

La visita dura cerca de hora y media. Los grupos son reducidos. En una primera introducción, el guía reparte planos y compara la cárcel de Long Kesh con «una muñeca rusa». Efectivamente, se trata de una cárcel dentro de otra, y



**Bobby Sands MP**  
5 May 1981



**Francis Hughes**  
12 May 1981



**Patsy O'Hara**  
21 May 1981



**Raymond McCreesh**  
21 May 1981



**Joe McDonnell**  
8 July 1981



**Martin Hurson**  
13 July 1981



**Kevin Lynch**  
1 August 1981



**Kieran Doherty TD**  
2 August 1981



**Thomas McElwee**  
8 August 1981



**Michael Devine**  
20 August 1981

rodeando a ambas, un campo militar británico. Aunque escapar era algo prácticamente imposible, en 1983 una treintena de presos, entre ellos Brendan Bik McFarlane, lo logró.

Una furgoneta conduce a los visitantes al interior del que fuera el hospital, donde murieron Bobby Sands -27 años- (el 5 de mayo de 1981, tras 66 días en huelga de hambre), Francis Hughes -25- (el 12 de mayo, tras 59 días), Raymond McCreesh -24- (el 21 de mayo, 61 días), Patsy O'Hara -24- (el 21 de mayo, 61 días), Joe McDonnell -30- (el 8 de julio, 61 días), Martin Hurson -24- (el 13 de julio, 46 días), Kevin Lynch -25 años- (el 1 de agosto, 71 días), Kieran Doherty -25- (el 2 de agosto, tras 73 días), Thomas McElwee -23- (el 8 de agosto, 62 días de huelga, y primo de Francis Hughes) y Mickey Devine -27- (el 20 de agosto, tras 60 días).

En el interior de las celdas de este hospital sólo queda un antiguo camastro con los muelles al descubierto. Hace frío y se siente la humedad, al igual que en el resto de las dependencias. El pasillo no es muy largo. Alguien pregunta en qué habitación murió Bobby Sands, otro se interesa por la de Francis Hughes. El número exacto de la celda únicamente lo recuerdan con nitidez los familiares, responde el guía. A decir verdad, es lo de menos. Ese pasillo, al igual que los Bloques H, son parte de la historia reciente de Irlanda y de la lucha de los presos por defender su estatus político frente al intento de la administración de la entonces primera ministra británica Margaret Thatcher de presentarlos ante el mundo como «criminales».

La siguiente parada es en el Bloque H-4. El panorama no difiere en nada de lo visto en el hospital. Las celdas, húmedas y frías. Las tuberías pasan de una a otra. Años atrás se utilizaron como vía de comunicación. Se requería dar pequeños golpes, poner la oreja sobre ella y prestar mucha atención. También se emplearon para intentar ganar un poco de calor o subirse en ellas cuando, en tiempos de la huelga de higiene, los funcionarios entraban con mangueras a presión. Los papeles de tabaco, sacados clandestinamente durante las visitas, eran otro nexo de unión entre los presos políticos republicanos. Con suma pa-



El ex-presos y comandante Brendan Bik McFarlane, ante el mural que recuerda a Bobby Sands en Falls Road, Belfast.

ciencia e ingenio, conseguían pasarlos por la diminuta rejilla de la puerta y hacer llegar el mensaje al otro lado. Durante la huelga de higiene, en la que, además de no lavarse, los presos esparcían sus excrementos por las paredes y el techo de la celda, las autoridades carcelarias mantenían siempre un ala vacía para trasladar allí a los encarcelados mientras desinfectaban la otra. Durante los

traslados eran frecuentes las palizas, las humillaciones y vejaciones. Precisamente, esta circunstancia motivó que en 1978 decidieran avanzar un paso más en la protesta de la manta y tomaran la decisión de no salir ni para lavarse ni para ir al servicio. Así estuvieron hasta el 2 de marzo de 1981. Un día después de que Bobby Sands comenzara la huelga de hambre, decidieron poner fin a la an-



Dos prisioneros republicanos, cubiertos sólo con mantas, durante la huelga de higiene.



Las gélidas "jaulas". En la huelga de las mantas, los presos usaban las biblias como minialfombras.

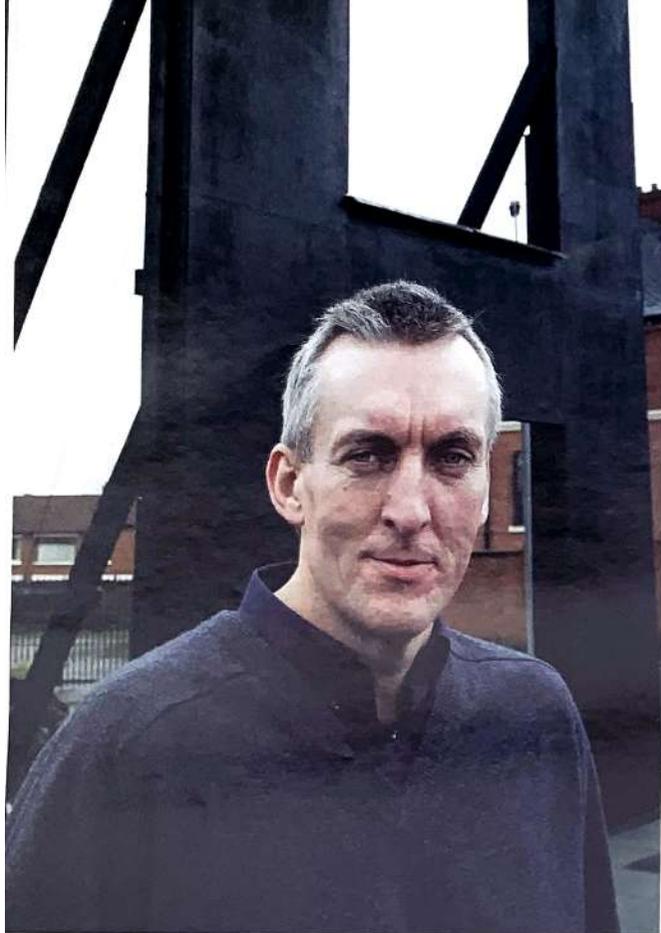
terior protesta. El ex preso político Laurence McKeown recuerda que «la ducha fue brillante, el agua caliente y el jabón maravillosos. Aunque el agua no había rozado mi piel durante tres años, no me hizo daño. Al día siguiente nos reímos cuando nos vimos unos a otros. Alguien estaban casi irreconocibles».

Una sensación similar fue la que experimentó Mary Nelis cuando visitó a

sus hijos. «Son rubios y de piel blanca, pero tras varios años sin lavarse parecían negros. Estaban muy sucios, sus labios completamente abiertos y tenían infecciones bucales, como el resto de presos. Todos tenían el mismo aspecto: el pelo y la barba muy larga, y los gusanos arrastrándose por sus cabellos. Los familiares les llevábamos todo lo que nos pedían y necesitaban: vitaminas, frutas, bolígra-

fos, radios... y sacábamos sus notas al exterior», explica.

Nelis recibe a ZAZPIKA en su domicilio de Derry. Rodeada de recortes de periódico e imágenes de la época, relata desde el punto de vista de un familiar cómo vivieron aquellos largos años de lucha. «Uno de mis hijos fue detenido en marzo de 1976. Ese año, el Gobierno británico decidió derogar el estatus po-



El ex-prisionero Laurence McKeown, ante un memorial en Belfast que recuerda a los huelguistas, llegó al coma y fue alimentado forzosamente.



Manifestación de solidaridad con los presos políticos en Derry durante la segunda huelga de hambre, en 1981.



Sobre estas líneas, la hermana y la madre de Bobby Sands. Las mujeres norirlandesas protestan con mantas ante una oficina de British Airways en París.



Tras conocer su elección como parlamentario. A la derecha, dos mujeres norirlandesas protestan con mantas ante una oficina de British Airways en París.



Mary Nelis, madre de dos huelguistas de la manta, muestra en su casa de Derry un cartel de la época con la imagen de su protesta ante la iglesia.

litico reemplazándolo por el de "criminal". Los británicos lanzaron una fuerte ofensiva contra el IRA, el Sinn Féin y la lucha republicana, y empezaron por los presos. En este contexto, un grupo de mujeres decidimos que teníamos que hacer algo y comenzamos a movilizarnos de manera pacífica. En diciembre de 1976 convocamos una manifestación. Días antes, la Iglesia católica anunció que el día en que la gente comenzara a llegar a Derry para participar en la marcha, tocaría la campanas por la paz. Yo me sentí realmente furiosa, no me podía creer que la Iglesia nos diera la espalda. Por aquellos días, todas nosotras éramos católicas».

Y, efectivamente, en la iglesia de Derry sonaron las campanas. Y ese día, la propia Mary Nelis acompañada por otras dos mujeres se subieron a un taxi

rumbo a la iglesia. «Nos plantamos allí, desnudas y cubiertas con una manta, tal y como estaban nuestros familiares en prisión. Recuerdo que hacía muchísimo frío aquella mañana. Causamos una tremenda sensación. El "Irish Times" publicó nuestra foto; ésa fue la primera vez que aparecía algo en prensa».

No todos acogieron bien aquella movilización. «Un grupo de mujeres de edad salieron de la iglesia y nos acusaron de estar profanando un lugar sagrado. Se me saltaron las lágrimas. Incluso mi propia madre dejó de hablarme durante meses», rememora.

«No estaba muy segura de lo que estábamos haciendo; por aquel entonces no estaba metida en política. Pero de lo que sí estaba segura es de que teníamos que hacer algo para romper el muro de silencio que el Gobierno británico que-

ría imponer. Nadie quería hablar de lo que estaba ocurriendo en el interior de las cárceles. Aquella fue una respuesta conmovedora de un grupo de mujeres», subraya mientras descansa para beber un poco de agua. De esta manera surgió el Comité de Acción de Familiares.

Su tarea se extendió a lo largo y ancho de Irlanda y Europa. Llegaron a parar el tráfico en los Campos Eliseos de París. «Al vernos con una manta en mitad de la carretera, la gente pensó que se trataba de una campaña publicitaria para anunciar la nueva temporada de primavera», comenta riéndose. En su peculiar viaje hicieron escala en Roma con la esperanza de poder entrevistarse con el Papa, Juan Pablo II, que «se negó a vernos. Una semana antes, había hecho otro tanto con las Madres de la Plaza de Mayo de Argentina. Dijo que si recibía a

una, tendría que ver a todas las madres del mundo. Al mes siguiente, sin embargo, organizó una gran recepción a camareros de hoteles de gran lujo. No podía recibir a las madres, pero sí a los camareros», resalta aún con enfado.

Esos no fueron los únicos encontronazos con la jerarquía eclesiástica. «Decían que no podíamos apoyar a nuestros hijos y, al mismo tiempo, pertenecer a la Iglesia. El cura leyó en voz alta una carta en la que decía que éramos hijos de Satan y discípulos del diablo. Le llamamos cobarde. Algunos curas sí que se negaron a leer dicha misiva. El obispo nos amenazó con excomulgarlos». La visita del Papa a Drogheda también fue fuente de decepción e indignación para muchos republicanos que esperaban del Pontífice unas palabras de denuncia. «Su discurso contenía 11.000 palabras.

Tras mencionar a Margaret Thatcher, declaró lo siguiente: «De rodillas, os suplico que rechacéis la violencia. Un asesinato es un asesinato». Esas fueron sus únicas palabras. Era un mensaje claramente en contra de los presos, de su lucha y del movimiento republicano. Muchos decidimos salirnos de la Iglesia». No duda de que «sí la Iglesia, el Gobier-

«Si a lo largo de la huelga de hambre llega a producirse un momento de crisis, yo sé que tú me dejarás morir»

no de Dublin y los partidos políticos hubieran apoyado la defensa de los derechos humanos de los presos, se habrían evitado cientos de muertes, no sólo las de los presos en huelga. En las calles fallecieron numerosas personas a causa de las balas de goma», recuerda.

«La situación que estábamos viviendo era totalmente anormal. Pero los partidos y las instituciones se empeñaban en difundir una imagen de normalidad. Los familiares tuvimos que prepararnos para las huelgas de hambre, diseñar nuevas estrategias y campañas. Cuando empezó la segunda, nuestra energía estaba bajo mínimos. Me sentía deprimida y enfadada. Pero no había tiempo para llorar».

Mary Nelis sí que se permitió las lágrimas al conocer la muerte de Bobby Sands. «Por primera vez en cinco años me senté y no pude parar de llorar. Lloré



Mural en una calle de Derry en memoria de la huelga de hambre que costó la vida a los diez prisioneros norirlandeses.

más que cuando, años antes, murió uno de mis hijos. Bobby representaba a todos los presos».

Para Brendan McFarlane, 1981 fue «el peor año de mi vida». Sentado en uno de los despachos de la sede del Sinn Féin en North Belfast, este ex-presos y músico irlandés tomó el cargo de Bobby Sands cuando éste inició la huelga de hambre. Recostado en un sillón y rodeado por carteles que remiten al Chile de Salvador Allende, a Palestina o reclaman libertad para Euskal Herria, habla de sus tiempos como OC (Office Comander —comandante—) de los presos políticos.

«El quería que yo le sustituyera al mando de los presos. Yo le dije que no

me sentía la persona adecuada para desempeñar esa función. La idea me asustaba. Pero Bobby fue tajante, tenía que ser yo y nadie más. Estas fueron sus palabras: «Si a lo largo de la huelga de hambre llega a producirse un momento de crisis, yo sé que tú me dejarás morir. Tienes que hacerlo y sé que lo harás». Bobby, otros presos republicanos y yo acordamos que si moría alguno de los huelguistas, sería inmediatamente reemplazado», explica McFarlane como si hubiera pasado ayer mismo.

«El domingo anterior a que iniciara la huelga, Bobby me preguntó qué estrategia íbamos a seguir para reemplazar a los huelguistas y si teníamos los

nombres de los sustitutos. Le respondí que sí y que no tenía de qué preocuparse. «Tienes que entender que en dos meses estaré muerto y necesitas un reemplazo». «Tenía ante mí al líder de los presos políticos del IRA diciéndome que quería saber, en ese preciso momento, quién iba a ser su sustituto! «OK, el elegido es Joe McDonnell», le dije. Estaba muy contento por dos razones; una, porque McDonnell iba a ser su sustituto; y la segunda, porque entendimos lo que se esperaba de nosotros y cuáles eran las expectativas».

Con la misma serenidad, Bobby Sands le confesó que se moría cuando McFarlane lo vio por última vez en el

## BRITAIN'S HOSTAGE



Raymond McCartney pictured, Thursday November 13th when only into his 18th day of hunger-strike. Inset, Raymond before he entered the H-Blocks.

### Support the Hunger Strikers

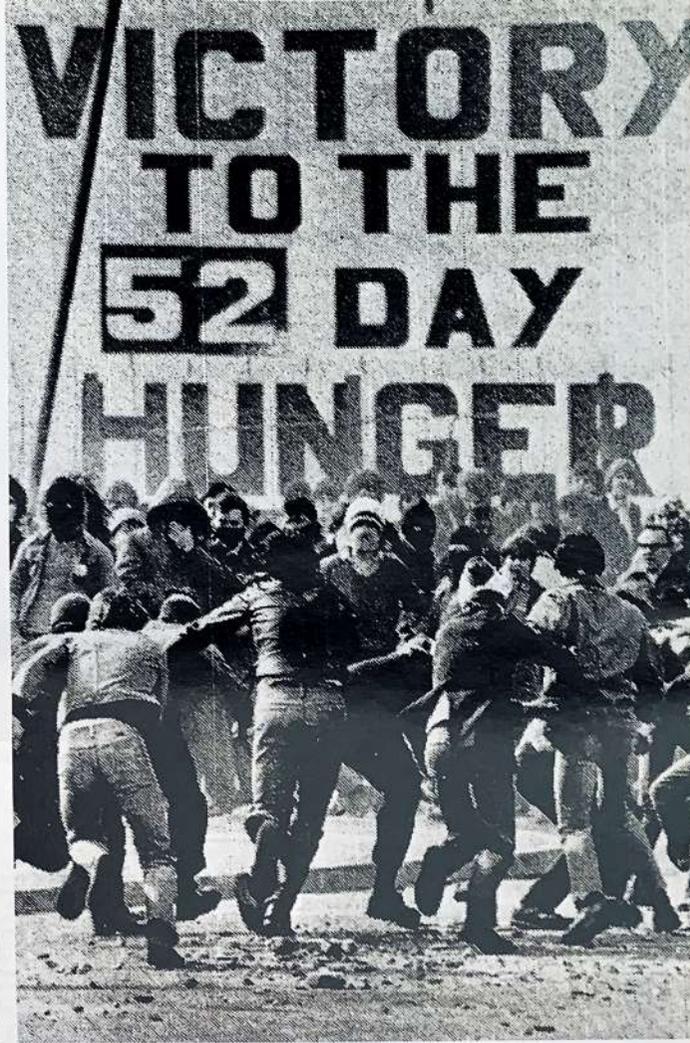
Cartel de apoyo a los huelguistas de hambre.



Velatorio de Patsy O'Hara, muerto en la protesta.

hospital de Long Kesh. Fue a anunciarle que, el 23 de abril, 30.492 personas lo habían elegido parlamentario por Fermanagh/South Tyrone. «Me acerqué lo que pude a él y, muy lentamente, me susurró al oído 'I'm dying' (me estoy muriendo)».

Los fallecimientos de los presos políticos en huelga de hambre siguieron produciéndose. Ante lo dramático de la situación y la intensa presión recibida por parte de la Iglesia y del Gobierno, las familias, viendo a sus allegados en coma y al borde de la muerte, comenzaron a dar su autorización para alimentarlos forzosamente. «Me reuní con los familiares más cercanos para saber qué posición



Arriba, manifestación de protesta en Belfast en 1981. Abajo, mujeres avisan al vecindario de la presencia policial inglesa haciendo sonar tapas de basura contra el suelo.





Módulo del hospital de Long Kesh, en cuyas celdas fallecieron los diez huelguistas republicanos. A la derecha, Jim Gibney, ante el Cultur Lam...



... centro de cultura e idioma gaélicos en Belfast.



**A5 bozas 3oelcaéa**

Seo aic faoi éinne saé buinne, ac 3o n-áiríte. na buinne acé ba an taob amuís, nuair a bhíonn mui h) ar scoraí mbeo ca 10h amó aróim a baic, os foilim arís a téim agus sílim 3o bhíil fias as an taob is mó be na boinne arseo caicé a tá a taob a ca seo agus san domain fiasu agus ca muís ábca a taicé ar an coisib i leirnam. an coimlinc san méar díreasa, agus an caicéib, n) san sír seo. is ab na buoi seo acé mar 3nóe coméas agus caicé i mbéal saé buinne ac, agus, ba maic 10m an partí seo a glacaib ar scoraib faoi Rué eile — an taicéact beas as boiaia Seoirge (guards) Bfeoin swa luata co faoi an aic seo 3o mian minic na Bfeia na luata, is Peia nót síleann co sue Rué taicéact é agus co Seans maic na luata co faoi 3o be, arís, baí n) Rué morán eile aram ac an aréas, 3o Eir cupla n) a san. n) Rué fias aram caicé a bi a taob an) go caicé mar a bi sé as oiaic ac is amáin leis mé aic a bi — aróim san íarain times faoi an ceangair seo. agus bi íarcais an domain aram a fiascá 3o Rué sé as oiaic com maic, agus a bi sé, n) mé fias cunice co méas a Seone a ca n) a scoraí an), ac sílim 3o bhíil eise f) c) 3o taicé Seas an), com maic te an ca na scoraí beas ac, agus ca na taicé os foilim saé Rué saé 3oelcaé, agus Bfeoin saos os caicé íaróelcaé i scoraí an) a Seansmáic fiascá agus ca c) 3o fias Pen ac. ac fiascá co c) 3o fias íaróelcaé ar an taob eile be) boiaia, baí Seo Mo caicé anois.

Caé caicé naé bhíil n)is mó na 3oelcaé an) n) íaróelcaé? Baí íaróelcaé an) fiascá a íaróelcaé 3o bhíil na 3oelcaéaí a) fiascá. Eata mé íaróelcaé coisil le seo n) na boinne íaróelcaé 3oelcaé a Seansmáic be caicé naé bhíil an) an) agus, n) fias é agus n) fiascá e) 3o 3oelcaé beas a Seansmáic n) a Seansmáic fiascá na ca 3oelcaé íaróelcaé. n) Rué morán díreasa os na boinne eile



antes de morir. Se considera la primera en este idioma anterior, en el cementerio Milltown de Belfast.

iban a adoptar en caso de que su hijo, marido, hermano... cayera en coma. Casi todos dijeron que apoyarían la intervención médica. Les trasladé esto mismo a los presos y decidimos poner fin a la huelga de hambre. El objetivo no era la muerte, sino presionar lo máximo posible al Gobierno y obligarlo a moverse, relata con una taza de té entre las manos.

La protesta, por tanto, acabó a las 3:00 de la madrugada del 3 de octubre de 1981. McFarlane jamás pensó que llegarían a morir diez personas: «Tras la experiencia de la primera huelga de hambre, intuíamos que el Gobierno británico dejaría morir a algún preso, pero era imposible saber a cuántos. El propio Bobby estaba convencido de su muerte». En su opinión, ése fue «el peor error» que pudo cometer el Ejecutivo. «A raíz de estas muertes, un alto porcentaje de jóvenes se unió al IRA, aumentaron considerablemente los simpatizantes del Sinn Féin y miles de personas se sintieron atraídas hacia la causa republicana».

mente no existía, tuvo un importante desarrollo». McKeown fue detenido en agosto de 1976 y condenado a cadena perpetua. El 29 de junio de 1981 se unió a la huelga de hambre. 67 días más tarde, en contra de su voluntad, su madre autorizó la intervención médica. De esa forma salió del coma. «En una huelga de hambre, tu cuerpo es tu única arma; es un proceso en el que poco a poco te vas debilitando. Durante el tiempo en que estuve en huelga fallecieron seis compañeros. Fueron tiempos de aislamiento y de sentirte muy solo y débil, aunque, al mismo tiempo, teníamos una gran determinación y creíamos en lo que hacíamos. El impacto en las familias fue enorme. Todo el mundo tiene una historia que contar de aquella época, bien sea de la cárcel, bien de la huelga o bien de las movilizaciones en la calle», comenta con voz suave pero firme.

«Pensaron que si eran capaces de criminalizar la lucha del IRA presentándolo como una conspiración criminal, la población le denegaría su apoyo y rechazaría el movimiento republicano. Y la mejor manera de poner en práctica esta estrategia fue empezar con los presos; creyeron que eran el nivel más vulnerable. Nuestra resistencia fue inmediata. Al cabo de cuatro años de lucha, la percepción general era que sólo a través de una huelga de hambre conseguiríamos salir de ese punto muerto en el que estábamos y obligar a los británicos a reconducir su política. El Gobierno británico utilizó a los presos dentro de una estrategia más amplia, cosa que no me sorprende; todos los gobiernos, aquí, en Euskal Herria o en cualquier otra parte del mundo, hacen lo mismo», concluye.

Desde su despacho en las oficinas de Coiste na n-Iarchimi (asociación que agrupa a los ex-presos políticos republicanos) en West Belfast, Laurence McKeown resalta que las huelgas de hambre «marcaron la lucha republicana. Tuvieron un gran impacto en la comunidad nacionalista, tanto del norte como del sur de Irlanda. Cambió la percepción de la gente sobre la lucha armada, la Iglesia y el Gobierno de Dublín. El Sinn Féin, que en aquella época práctica-

mente los sonidos que escuchaba tumbado en una de las camas del hospital de Long Kesh. El ruido de las puertas cerrándose, el de las camillas llevándose el cadáver de un compañero o el llanto de los familiares no se acaban de borrar de su memoria. «Estaba muy débil cuando en mi celda recibí un mensaje anunciándome que la huelga llegaba a su fin. Tuve una mezcla de sensaciones. Por una parte, te dices que ya no va a morir nadie más, pero, por otra, están en tu recuerdo los diez compañeros muertos, algunos muy buenos amigos míos. Era el fin de una época difícil».

Con Bobby Sands coincidió durante algunos meses en el Bloque H-6. «Era buen cantante y relator de historias. Como no teníamos ni televisión, ni libros, ni radio, debíamos crear nuestro propio entretenimiento, así que de celda a celda nos contábamos historias y recitábamos libros que habíamos leído. Era un excelente organizador y una persona sencilla, al igual que los demás».

En 1992 McKeown fue excarcelado. Como muchos ex-presos políticos, ha regresado de visita a los Bloque H y al hospital. Precisamente, Coiste na n-Iarchimi y el Sinn Féin están trabajando para preservar la prisión y que la gente pueda verla con sus propios ojos; no como algo meramente turístico, sino como centro de interpretación del conflicto».



El ex-presero Charli McMenamin, encarcelado con 16 años, muestra en su casa de Derry carteles de la lucha de 1981.



Actual mural en recuerdo del huelguista Patsy O'Hara en la azotea de un edificio de North Belfast. Antes del proceso de paz, estas azoteas y los pisos contiguos eran ocupados por el ejército británico como puesto de



observación parapetados en los "escudos humanos" republicanos.



El ex-prisionero Raymond McCartney, ante el memorial en honor de los huelguistas de los bloques H en Derry.

Jim Gibney es otro ex-presero político republicano. En la actualidad es miembro de la Ejecutiva Nacional del Sinn Féin. «Rememoraría la valentía y determinación de cada una de aquellas personas por reinstaurar el estatus político. Los mantuvieron en aislamiento, desnudos, sin lavarse, con gusanos en la celda, sin muebles, con las ventanas rotas. Vida en muerte», incide. Confiesa que el día en que finalizó la huelga de 1981 se sintió «absolutamente encantado. Los presos ya habían sufrido demasiado».

Gibney se interesa por la situación de los presos políticos vascos. A los gobiernos de Madrid y París les anima a que «no repitan la misma actitud que mantuvo el británico. Deben reconocer que tienen presos políticos, leyes y tribunales especiales y poner en marcha un programa de excarcelación, tal y como ocurrió aquí. Nosotros tuvimos que pagar un precio muy alto. Espero que no cometan los mismos errores que el británico», remarca antes de terminar la entrevista.

En su domicilio de Derry, Charlie McMenamin saca media docena de carpetas plastificadas en las que guarda

con sumo mimo los posters originales, la mayoría en blanco y negro, que encierran los últimos 30 años de historia del país. "Long Kesh, death campo" (Campo de muerte), reza uno de ellos. "H-Block martyr", se puede leer en otro. McMenamin se sitúa en medio, rodeado por las imágenes de los huelguistas, de mujeres y niños golpeando las aceras con grandes tapas de basura para avisar de la presencia de soldados británicos. Se niega a sonreír a la cámara porque «éste es un tema demasiado serio». Fue arrestado con 16 años. Salió en libertad el 1 de marzo de 1980. «Circulaban rumores de que los presos iban a intensificar su protesta con una huelga de hambre. Mi corazón me dictó que tenía que hacer algo y empecé a reclutar a jóvenes de mi edad. Nos juntamos un amplio grupo. Los presos querían que fuéramos parte de la campaña en las calles, una campaña que debía ser disciplinada y bien estructurada». Insiste en que los presos, sus necesidades y deseos eran «lo más importante y nuestro foco de atención».

«Durante el día pintábamos pancartas y carteles, bloqueábamos el centro y

sus alrededores. Queríamos que la gente tomara conciencia. También escribíamos cartas, recogíamos fondos...», explica. Los ataques y agresiones de los soldados se fueron intensificando en la misma medida que aumentaban las movilizaciones y el apoyo a los derechos de los presos.

McMenamin no puede evitar emocionarse al recordar aquellos días. Sus ojos azules se humedecen y saca un pañuelo. «Hablar de la huelga me trae mucho dolor. Cada día que pasaba fuimos aprendiendo más sobre la figura de Bobby Sands. Fuimos conociendo sus escritos, sus libros. Cuando murió, sentimos que había muerto un amigo, un compañero. Para nosotros era un hermano», remarca con voz entrecortada. En prisión, compartió un ala de un Bloque con Francis Hughes y Patsy O'Hara, este último amigo suyo. «Había cientos de presos preparados para morir y lo habrían hecho. Los británicos les habrían dejado morir porque mantenían una guerra tanto dentro como fuera de las cárceles. Aprendimos de nuestro propio dolor y los republicanos cobramos fuerza», destaca.

Raymond McCartney, natural de Derry, fue uno de los siete presos que, el 27 de octubre de 1980, inició la primera huelga de hambre. El 1 de diciembre se sumaron Mairead Farrell, Mary Doyle y Mairead Nugent, presas en Armagh. Entre el 14 y el 15 de diciembre se incorporaron otros treinta presos. McCartney estuvo 53 días sin comer y pasó 20 años encarcelado. Durante la huelga de higiene, solía escribir en las paredes de su celda de Crumlin Road «La opresión engendra resistencia». Ahora regenta junto a otros ex-presos un gimnasio en Derry. Aras Tar Abhaile es el nombre de este proyecto. «En 1994, tras el primer alto el fuego, algunos ex-presos nos encontramos ante la imposibilidad de viajar, de trabajar, de tener un seguro. El Gobierno británico nos denegó esos derechos por haber estado en prisión. Este gimnasio nos brinda una oportunidad de poder tener nuestra propia vida y es beneficioso para la comunidad», señala.

Asegura que el periodo entre 1976 y 1981 tuvo un gran impacto en él, tanto a nivel personal como político. «Empezamos a entender la complejidad de la lucha y a comprender que los británicos

harían lo que estuviera a su alcance por derrotarnos. Aprendí el significado de la palabra compañerismo en su más amplia dimensión. Demostramos con éxito que éramos presos políticos».

El derecho a no vestir el uniforme de la cárcel, a no realizar el trabajo de la prisión, a la libre asociación con otros presos, a organizar sus propias instalaciones educativas y recreativas. El derecho a recibir una visita, una carta y un paquete semanal. Esas eran las demandas por las que cientos de presos políticos irlandeses renunciaron a la ropa, se cobijaron en una manta, pasaron años sin lavarse y sin recibir visitas por no llevar el uniforme, requisito obligatorio para ir al locutorio.

«Por primera vez en cinco años me senté y no pude parar de llorar. Lloré más que cuando murió uno de mis hijos»

En Long Kesh murieron diez personas en defensa de sus derechos y otras tantas lo hicieron en las movilizaciones de protesta a causa de las balas de plástico. Las calles de Belfast y Derry las recuerdan en cada uno de los murales y esquinillas. En cualquier lugar es fácil de divisar una "H" en referencia a los bloques que tenía esa planta. La intransigencia de la administración de Margaret Thatcher, que, aún en los momentos más duros y trágicos, mantuvo una férrea posición, y la convicción de los presos, sus familiares y de miles de personas dieron paso a uno de los capítulos más duros de la historia de este conflicto.

Al poco tiempo de finalizar la huelga de hambre, los presos vieron reconocidas sus demandas. Aquellos diez jóvenes, ninguno de los cuales superaba los 30 años, así como los civiles, algunos de ellos niños, que murieron por la fuerte represión británica «representan la fortaleza e integridad de la resistencia republicana», tal y como concluyen de una u otra manera Mary Nelis, Brendan McFarlane, Laurence McKeown, Charlie McMenamin, Jim Gibney y Raymond McCartney.